

nados y clasificados por manos expertas, pero con sendos estudios preliminares profundos y escritos con un estilo que las mejores plumas del ensayo no lo superan.

Él me obsequió un ejemplar del *Diario* del Tambor Vargas. Un documento trunco que más de un decenio después completado con el fragmento que faltaba, gracias a la dedicación de Gunnar. Una preciosa edición mejicana de Siglo XXI difundió internacionalmente el *Diario de un comandante de la Independencia*, pues el Tambor Mayor había llegado a Comandante al final de su azarosa carrera en la republiquetá de Ayopaya, la única que jamás fue vencida por los ejércitos del Rey de España. Por su ubicación estratégica que le permitía desplazarse a Cochabamba, Potosí, Oruro, La Paz y Santa Cruz, por caminos secretos que la colonia nunca descubrió y por la valentía de los combatientes.

En ese testimonio de un protagonista de la gesta, conocí la historia dura y frugal, pero intensa y romántica de Eusebio Lira, de Chinchilla y de José Miguel Lanza.

Transité por los desfiladeros y por la raya blanca trazada por la montaña (así describe los caminos el autor del *Diario*), por Mohoza y Tapacarí, donde iría una vez que, como Ministro de Trabajo, visité la mina de Kami.

La sangre, el heroísmo, la crueldad y la traición, la ternura de las rabonas y su filiación libertaria. En fin.

En la Biblioteca y Archivo Nacional tenía, por orden del Director, acceso a todos los fondos documentales y bibliográficos, aun a los prohibidos para el público. Tenía un cubil en que cabía un escritorio, sobre el que figuraba mi nombre como Investigador.

Hinchado el pecho de orgullo, trabajaba en el Archivo, en mis horas libres, cuando no estaba en mis aventuras de explorador por los confines de la zona malárica de Chuquisaca, Tarija y Santa Cruz.

Realicé una recopilación de folletos cochabambinos del siglo XIX, para la que escribí un estudio preliminar tratando de imitar al maestro Mendoza. Benito Moxó y Franco; polémicas judiciales y religiosas; Nataniel Aguirre, y su proyecto federal, etc. También busqué, en el siglo siguiente, rescatar el flamígero combate entre Adela Zamudio y Monseñor Pierini.

Luego inicié un estudio de la esclavitud africana en la colonia, que no logré completar, aunque me interesó, como subproducto, la historia de un esclavo que siendo comprado por un cura, fue parte de la masa hereditaria del mismo, junto a un par de libros, una cama de bronce, una bacínica de fierro enlozada y otras chucherías más. Separado de mujer e hijos por la venta de la herencia, fue a parar a las minas, lo que era una condena a muerte, ya que no solo por

ser criado de casa, sino por provenir de la selva africana, en la montaña fría moriría como muchos de sus compañeros. Ahí quedó la historia. Confieso que me dejó conmovido por su desgracia.

Sin embargo, casi diez años después, encontré datos del mismo esclavo, en el Archivo de la Corte Superior de Justicia de Oruro, donde pude constatar que compró su libertad y de su familia, por haber encontrado un “tapado” en la casa de su amo, comerciante en las minas de plata.

No sé dónde estarán esos escritos.

Conocí a don Gunnar cuando, con la decisión de hombre de letras prematuro, se me ocurrió publicar a mis expensas un *Boletín Cultural del Ateneo Juvenil ‘José Antonio Arze’*, fundado en Cochabamba, por José Roberto Arze. Yo me autonombré corresponsal del Ateneo en Sucre.

Disimulando el temblor de mis rodillas, le entregué en sus oficinas una hoja de papel con preguntas de periodista principiante. Una de ellas: cuáles eran, a su juicio, las diez obras fundamentales de la literatura mundial y las diez de la nacional.

Me pidió algo de tiempo. Dos semanas.

Volví y en copia escrupulosamente elaborada, me entregó un documento de quince páginas, con opiniones serias que apabullan al improvisado reportero.

Confieso que me asombró que me tomara en serio un personaje de esa talla. Pero la humildad solo es virtud de sabios.

Decía entre otras cosas, algo así: Los jóvenes deben recibir el apoyo entusiasta de sus mayores para tener una guía de la experiencia anterior que les permita recorrer un camino más largo en menos tiempo y quizá llegar a la cima que los que le precedieron no pudieron por falta de estímulo.

Por él guí mis lecturas: Casa Grande y Sensala, de Gilberto Freyre; Ulises, de Joyce; Bajo la rueda, de Thomas Mann; Tirano Banderas, de Valle Inclán. En fin, deliciosas aventuras del pensamiento.

La entrevista se publicó en dos números sucesivos del *Boletín*. Ignacio, el hijo que me entregó el Maestro como discípulo, distribuyó con entusiasmo el *Boletín* en la Universidad, en la Plaza, en el Mercado. Un colegial talentoso, al que gustó mi poesía lírica que era una especie de secreto que compartí con él. Ahora es uno de los más notables intelectuales y hombres públicos de Sucre, no porque haya sido mi discípulo ya que yo me fui a Cochabamba a continuar mi vida y lo vi mucho después ya hombre hecho y derecho.

“Debe usted quedarse en Sucre. Tiene futuro y nosotros le necesitamos”. Todavía resuenan en mis oídos las palabras del Maestro.

## HOMENAJE

Gunnar Mendoza, mentor, inspiration, and amauta  
(A Brief Testimonial)

Brooke Larson\*

Long before I stepped foot in the Andes in 1971, the scholarly reputation -indeed, the aura- of Dr. Gunnar Mendoza had spread far and wide. He was already revered by a young generation of Andeanists being trained in graduate programs in New York, London, Paris, Buenos Aires, and other far-flung places. There was, of course, Mendoza's prodigious scholarship, but it was his achievements as an active researcher-cum-archivist that stand out. Among many other accomplishments, Mendoza's *obra* helped to forge an interdisciplinary generation of historians, ethnohistorians, and anthropologists all of whom went to Sucre in search of indigenous tracings in the archive's precious holdings.

Like pilgrims making seasonal treks to their favorite shrine, Andeanists hailing from cities far and near made the journey to Sucre (which, in those days, was more difficult to reach, even by plane). There, they worked under the patient guidance of Mendoza in a rich variety of documentary collections, the most famous being “*Tierras e Indios*”. Ascending the sloping wooden steps of the Archive's colonial dwelling and catching a glimpse of *el director*, seated in a straight-back chair at his wooden desk next to a tall window in the front room; then registering as a foreign *investigadora*; and finally sinking into a thick *le-gajo* of documents for several blissful hours, until my frozen fingers could no longer turn the pages (for, by afternoon, the sun no longer warmed the Archive's back rooms) all these prosaic experiences were part of the awe-inspiring initiation of a season of research. On my first trip to the Archive in 1971, that ritual marked my own



\* Stony Brook University (E.E.U.U.)

## Nota

Publicado en: Ramiro Barrenechea Zambrana. Dos alas de un mismo vuelo. Seg. ed. Santa Cruz: Impreso en Copy Bol-Gral, 2012. p. 223-226.

rite of passage into the arcane world of historical research of colonial Bolivia. Indeed, some of us held don Gunnar in such high esteem that it took several years (and multiple publications!) before we were comfortable engaging him in extended discussion. But Mendoza's encouragement and interest in my early research on the colonial history of Cochabamba was absolutely crucial, especially at times when the work was slow, I had lost my way, or my health suddenly gave way. I will never forget his kindnesses: when he tracked me down to deliver long lost letters from home, or brought a physician to my hostel one weekend when I had a bout of food poisoning. That I finished and published my work on colonial Cochabamba is, in good measure, due to Mendoza's abiding interest, guidance, and care (Larson, 1988; 1992; 1998; 2000).

My experience as a young *investigadora*, nurtured by the kind wisdom of Gunnar Mendoza, mirrors that of legions of other scholars who journeyed to the ANB during the 1970s and 1980s. When, in

1982, the 44<sup>th</sup> International Congress of Americanistas ran into trouble because of the Falklands/Malvinas war, we decided to postpone our conference panel on "Andean Markets" until 1983, and turn it into a full-fledged with financial support from the Social Science Research Council (in New York). More important than the new time or the funding we secured was the geographic location of the forthcoming conference: we held it in the ANB so as to bring together international, national, and local scholars and, above all, to honor the life-work of Gunnar Mendoza. For me and my co-organizers, the deeply missed Olivia Harris and Enrique Tandeter, the international conference, held in Sucre in July 1983, was an intangible yet truly palpable monument to Gunnar Mendoza's scholarly stature, integrity, and inspiration. And it was a lovely moment for our generation of historians and anthropologists, just coming of intellectual age, to offer our recognition and thanks to this exemplary archivist, scholar and man. (Harris et al., 1987; Larson et al., 1995).

### References Cited

Harris, Olivia; Larson, Brooke; and Tandeter, Enrique. Eds. (1987): *La participación indígena de los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social, siglos xvi-xx*. Cochabamba-La Paz: CERES.

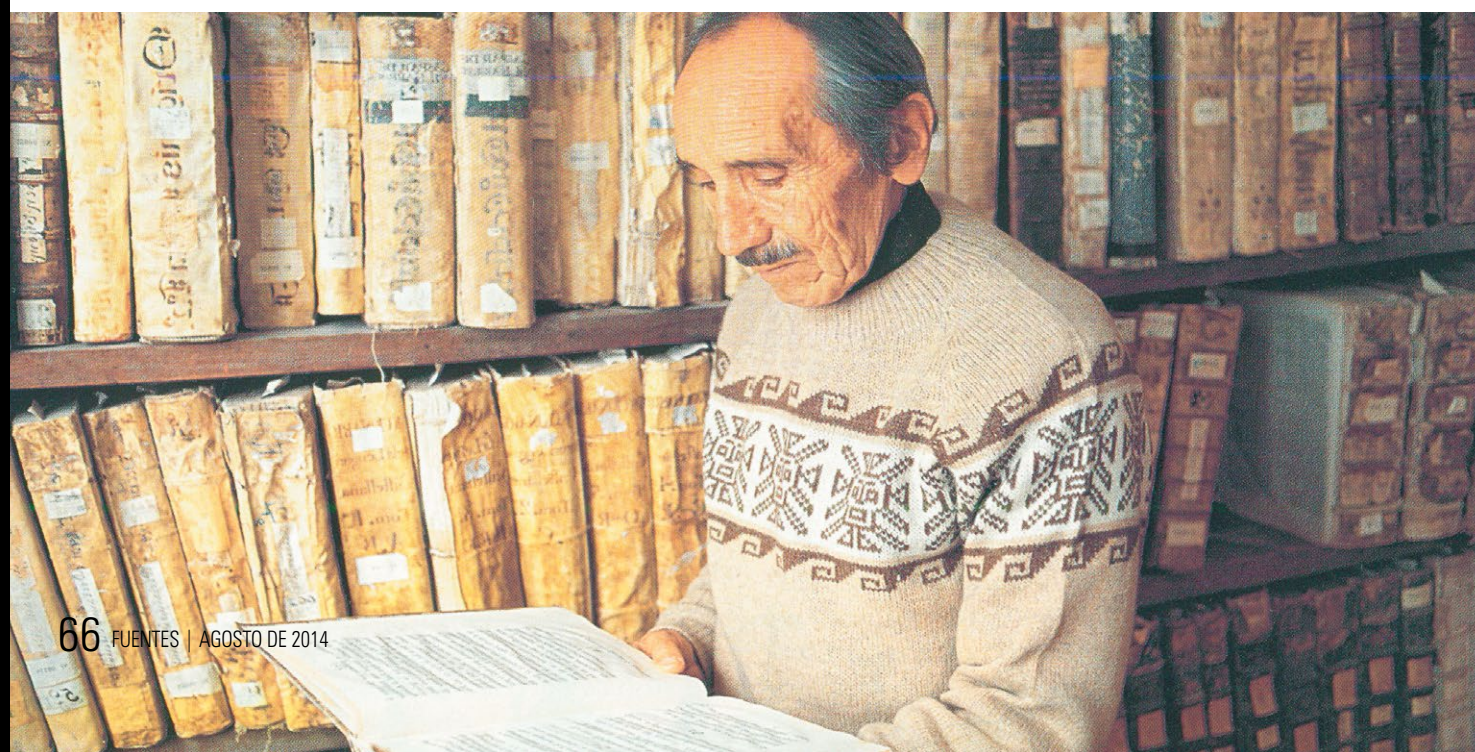
Larson, Brooke (1988): *Colonialism and Agrarian Transformation in Bolivia, Cochabamba, 1550-1900*. Princeton: Princeton University Press.

----- (1992): *Colonialismo y Transformación Agraria en Bolivia, Cochabamba, 1500-1900*. La Paz-Cochabamba: Hisbol/CERES.

Larson, Brooke; Harris Olivia; and Tandeter, Enrique. Eds. (1995): *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes. At the Crossroads of History and Anthropology*. Durham: Duke University Press.

Larson, Brooke (1998): *Cochabamba, 1550-1900. Colonialism and Agrarian transformation in Bolivia*. (Second, expanded edition). Durham: Duke University Press.

----- (2000): *Cochabamba: (Re)construcción de una historia*. Cochabamba: Agruco/UMSS.



## HOMENAJE

### Las Advertencias de Don Gunnar sobre los documentos, los archivos y la historia

Clara López Beltrán\*

Durante varias décadas de trabajo perseverante, Gunnar Mendoza Loza recopiló, conservó e incrementó el patrimonio documental boliviano con tesonero esfuerzo. Junto a ello, mostró y demostró que esos papeles eran la base del conocimiento de los procesos históricos de Bolivia y de territorios más extendidos. Esa inclinación fue compartida por otros intelectuales bolivianos que crearon en 1966 una licenciatura en historia en la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz, lo cual dio un categórico impulso a la disciplina. Al mismo tiempo, diligentes estudiosos han reflexionado en los últimos tiempos en torno al papel del documento en el análisis histórico desde los más diversos puntos de vista, resultando un tema matizado y hasta polémico, sin embargo, todavía el valor de la información documental es considerado elemental.

La producción intelectual de don Gunnar delinea sus proyectos y sus anhelos en torno al uso del enorme repertorio documental que tuvo entre manos y del que tan buen uso hizo. El volumen de papeles era tal, que no llegó a profundizar en su contenido y menos agotar la información que todo ese *corpus* ofrece. Por ello dio indicios y orientaciones sobre el potencial de cada uno de los folios archivados y de la tarea pendiente que delegaba a los historiadores de las nuevas generaciones.

Sus mensajes e intuiciones en este sentido se reconocen de entre sus escritos que afortunadamente están reunidos desde el año 2005 en ocho gruesos volúmenes<sup>1</sup>. Es posible, entonces, acercarse a su obra y conseguir una mirada de conjunto del pensamiento de Mendoza Loza, no obstante, esta

evocación se concentrará solamente en algunos de los escritos que se hallan en el volumen III, tomo 2 de las *Obras completas* subtítulo "Estudios y acciones para el aprovechamiento de recursos documentales inéditos."

#### A los historiadores

El conjunto de ideas dedicadas por este autor a la creación de una conciencia colectiva sobre la importancia y la necesidad de conservar documentación pública y privada, iba acompañado por algunas advertencias que servirían para enriquecer del conocimiento académico y cotidiano de la historia de Bolivia. Dichas advertencias no han perdido vigencia ni frescura y, aunque se trata de comentarios y noticias básicas en el quehacer de la investigación histórica, son fundamentales para una tarea que aún debe dar ulteriores frutos.

Durante los años sesenta del siglo pasado, sus reflexiones involucraron a los pocos interesados en conocer el pasado de su propia sociedad, exhortándolos a reunirse bajo "la consigna de probidad profesional que se plantea ante los historiadores bolivianos [que es la de] acumular y organizar documentos" (p.153). Entonces como ahora, era y es forzoso adoptar un criterio de urgencia y no se puede menos que establecer las prioridades respectivas en el tratamiento de estos temas, "en especial el de las fuentes inéditas que no tienen posibilidad de reemplazo en caso de pérdida, como la tienen las fuentes publicadas," (p.172) En cuanto a los irremplazables papeles escritos a mano, escribía en 1974: "Para encarecer aún más el valor de los materiales manuscritos no dejaremos de recordar que ellos pueden considerarse como los soldados sobrevivientes en una guerra secular contra toda clase de enemigos [...] las huellas del fuego y del agua junto al descuido y malicia humana con los

\* Doctora en Historia por la Universidad de Columbia. Fue docente titular de la Carrera de Historia de la UMSA. Miembro de Número de la Academia Boliviana de Ciencias Genealógicas y Heráldicas.